



CONFERENCIAS

DE

Juan Ignacio Gálvez



8

BOGOTÁ

CASA EDITORIAL DE "EL REPUBLICANO"

1912

CONFERENCIAS

DE

Juan Ignacio Gálvez



BOGOTA

CASA EDITORIAL DE "EL REPUBLICANO"

1912

DOS PALABRAS

La obra que hoy se da al público es una muestra más de que en Colombia no existen ya, propiamente, contendores políticos sino grupos reñidos ó distanciados, por ciertas afinidades banderizas, de las corrientes espirituales de la vida moderna.

Dos miembros visibles de nuestra juventud inteligente y estudiosa, pertenecientes ambos á distintas divisiones políticas, se hallan, en horas de treguas, con un mismo pensamiento, con una misma tendencia: educar á los guardianes del orden y encaminar el pueblo hacia la meta real de sus verdaderas é ineludibles aspiraciones.

Como que un pueblo laborioso y honrado, es digno de la libertad; como que policiales educados, conocedores de los altos fines de su institución, son capaces de conservar el orden.

Y orden y libertad es á lo que aspira el ciudadano del día.

Este libro cumple, por tanto, una misión.

Como la ha cumplido el doctor Juan Ignacio Gálvez al dedicar sus vastos conocimientos al pueblo á quien ama y que sabe pagarle su noble sentimiento.

Como la cumple el señor doctor Gabriel González al consagrar lo mejor de sus energías y de sus claros talentos al servicio de la Patria que le ha confiado, en buena hora, la guarda de las garantías individuales.

Paso, pues, á estas páginas de amor y de energía que son todas ellas del pueblo y para el pueblo.

e, OBANDO ESPINOSA

Bogotá, Enero de 1912.

Señor Director, señores :

Sean mis primeras frases para dar las gracias al señor Director por la deferencia que me dispensó al invitarme para dictaros esta Conferencia; honor que acepté con gusto, porque me ofrecía la ocasión de daros mi opinión sobre los adelantos que se han llevado à cabo en el Cuerpo de Policía y sobre lo que aún falta por hacer.

El exponente de la civilización y progreso de una pueblo, que puede ser apreciado à primera vista por el viajero, es el aspecto de su policía. Por eso al regresar à esta ciudad, después de larga ausencia, pude comprender en el instante, al ver la corrección, seriedad y cultura de los agentes de vigilancia, que Bogotá ha entrado decididamente en las vías del progreso. Luégo se me informó que el Cuerpo de Policía, debido à la iniciativa de su Director, ha sufrido una transformación favorable, en el sentido del conocimiento de los verdaderos fines y funciones de la institución.

Al hojear algunos autores para refrescar mis ideas sobre los temas de esta Conferencia, tropecé con un capítulo que llamó vivamente mi atención, porque en él pueden compendiarse, por contraposición, los deberes del personal de un Cuerpo de Policía; este capítulo se titula *La aversión de las poblaciones à la institución de Policía*. Y resolví tomarlo como base y tema para parte de la conferencia; la otra será algunas consideraciones sugeridas por el brillante informe del actual Director de la Policía al señor Ministro de Gobierno, para finalizar con el elogio de una de las principales cualidades que debe tener el buen agente de policía : el valor civil.

La aversión de las poblaciones á la institución de Policía existe, no solamente entre nosotros, sino en España y todas las naciones que de la Península Ibérica heredaron el espíritu descontentadizo é indisciplinado; casi puede decirse que es un fenómeno latino, pues en Francia é Italia se encuentra también un sedimento popular que alimenta un sordo rencor contra la Institución. En Inglaterra, Alemania y Estados Unidos no sucede lo mismo: la Policía es, al contrario, no solamente mirada como protectora de los ciudadanos, sino respetada y querida.

Averiguando las causas de dicha aversión, espíritus superficiales, según el doctor Gambará, en su libro reciente, la atribuyen al recuerdo de las viejas policías del despotismo; pero el mismo autor deshecha esta causa como general, aunque la acepta respecto á España y algunas naciones latinoamericanas. En mi concepto, entre nosotros es éste, por superficial que parezca, uno de los motivos, además del origen primordial del prejuicio, que tendré ocasión de estudiar en breve.

Como acertadamente lo anota el doctor Gabriel González, actual Director, en su luminoso informe: «hubo épocas de triste recordación, por fortuna ya pasadas, en que la más importante sección de la Policía, en vez de ejercer las atribuciones que le son peculiares para la seguridad social, fue el terror y la inseguridad organizados, pues se la dedicó al bajo oficio de la delación política, con su cortejo de violación de domicilio, inquisición de la vida privada de los ciudadanos, represalias y venganzas personales, atropellos á la propiedad y al honor y las consiguientes humillaciones, degradación moral y relajamiento de caracteres.»

Y, como no solamente la sección de Seguridad de la policía, era la perpetradora de esos verdaderos delitos, sino que sus abusos contagiaron á toda la Institución, y como todas las clases sociales fueron las atropelladas ó estaban bajo la amenaza del régimen, se fue aglomerando en la población una suma tal de odio y de rencor que no respetaba ni las mismas excepciones, y cobijaba á todos desde el Director hasta el más inofensivo de los agentes.

Aquí vimos á los agentes de policía ir vestidos de paisanos á la Cámara, armados de puñal y garrote, á pretender imponer la política de un círculo. Vimos al Cuerpo de Policía coartar, con la culata ó la bayoneta, la libertad

electoral del pueblo, de sus compañeros, de los obreros, y cometer el enorme delito de votar cada agente dos y tres veces, y lo que es más inicuo, hacer alarde ante sus Jefes de ese crimen.

Por ventura, como sinceramente lo dice vuestro digno Director, «esas épocas han pasado y ojalá no vuelvan.»

Como una elocuente demostración de la diferencia de épocas y procedimientos, me permito recordar: hace catorce años, yo, que nunca he violado las leyes ni contravenido las disposiciones de policía, por haber publicado un suelto impersonal en un periódico, fui traído aquí, se me encerró en una de aquellas piezas y se me atacó estando inerme, con puñal y garrote, por el Director de la Seguridad y sus agentes, y estuve luego tres meses amenazado de muerte por todos ellos. Fue tal el escándalo que el Ministro de Gobierno, doctor Antonio Roldán, mi adversario político, dio un decreto ese mismo día por el cual se eliminaba la Policía de Seguridad.

Seis años después, por haber gritado en la Plaza de Bolívar: «¡Abajo los traidores de Panamá!» se me trajo de nuevo y, sin procedimiento alguno, se me tuvo tres días en un infecto excusado.

Y hoy, aquí me veis como un amigo galantemente invitado por vuestro Director para hablaros, y deciros mis opiniones sobre vuestros deberes de cuyo cumplimiento depende el bienestar de la población. Y yo soy el mismo, mis opiniones políticas son las mismas; lo que ha variado notablemente, lo que ha progresado, es el concepto de lo que debe ser la Policía y la práctica de sus funciones, debido esto a una orientación nacional que viene de arriba, del Gobierno, y que tiene sus más fieles intérpretes en el doctor González, señores Maldonado y Cadavid, General Lubín Bonilla y demás empleados superiores, quienes, verdaderos patriotas, celosos de su reputación y de su nombre, han consagrado y consagran toda su energía, toda su inteligencia y todo su tiempo a perfeccionar la Policía para ponerla al nivel, si el apoyo del Gobierno y la buena voluntad del pueblo no les faltan, de las mejores organizaciones europeas.

Se ha hecho mucho, la reforma ha sido importantísima, pero su desarrollo y perfección no es obra de días, no es obra de meses: es labor de años y del concurso de muchas voluntades. Hasta ahora no principia el pueblo a darse cuenta de la transformación efectuada en el Cuerpo

de Policía y el recuerdo de las épocas adversas lo ve todavía con temor y aversión. Sucede en esto lo que sucede con la mala reputación de los individuos: una persona puede desacreditarse con un mes de mala conducta, y necesita años seguidos de juicio y honorabilidad para recuperar su buena fama.

Por esto, ese hecho anotado como superficial en otras naciones, el recuerdo de las viejas policías inquisitoriales del despotismo, adquiere entre nosotros importancia relativa, cuando el sociólogo quiere adquirir la aversión con que el pueblo mira à la Policía.

Pero la causa verdadera y general, que es la misma en Colombia que en Francia, en la Argentina que en Italia, es un concepto errado del poder de la Policía:

«Por este espíritu tradicional se pretende, y no solamente por parte del vulgo, que la policía goce de una ingerencia universal, de un poder arbitrario, sin límites, que tenga la ubicuidad de San Antonio y la omnividencia del Espíritu Santo.

Los pordioseros son molestos. ¿Por qué la Policía no nos libra de ellos?

Viene la Policía y se lleva à uno de ellos. ¡Sería mejor que se ocupara de los malhechores, antes de atormentar à los pobres!—exclaman cien voces displicentes.

Un vecino os molesta con su piano. ¡Que lo haga callar la Policía! ¿Se le invita à que cese de tocar? La Policía veda la libertad artística de los ciudadanos.

¿Interviene en una riña? Es provocadora. ¿No llega à tiempo para intervenir? Brillaba por su ausencia.

Llega à conocimiento del público un crimen màs ó menos emocionante? Hasta los diarios màs serios exclaman:

—«¿Y la Policía, qué hacía? ¿No sabe ella que su primer deber es el de prevenir los crímenes? ¡Si no sabe ó no puede prevenirlos todos, tiene, à lo menos, que prender à los que los cometan!

Y à este paso, con su crescendo musical, se hace una multitud de interrogaciones, que son siempre las mismas, sin darse el menor trabajo de observar si el crimen es de aquellos que se pueden prevenir, y sin pensar si la Policía dispone de medios preventivos.

En conclusión, los mismos que se glorian de no creer en la Divina Providencia, tienen todavía fe en la providencia de la Policía. Ella debe saberlo todo, prever y pro-

veer á todo, y si en algo falta, porque *herrarem humanum est*, se le echa en seguida la cruz, y á veces se le acusa de los crímenes que suceden, porque se dice que ella los ha provocado.

Este extraño fenómeno no es nada más que una parte del otro, más complejo y general, que nos hace creer en la omnipotencia del Gobierno, por lo que á servicios públicos se refiere.

Teniendo escuelas y mandando á ellas los hijos, creen muchos que, sin hacer más, han pensado en su porvenir; del mismo modo, con la institución de comisarios y guardias, se cree que se ha proveído suficientemente á la seguridad social.»

Este concepto erróneo del inmenso poder de la Policía, viene, según algunos, de la opinión de Bismarck : «Conceptuamos la Policía como instituto previsor y provisor,» lo cual es el desiderátum de un ideal, pero que en la práctica, por ser un imposible, fomenta los prejuicios tradicionales sobre la omnivigencia de la Policía y como consecuencia la aversión popular con que se la mira, al ver su deficiente poder en lo que se refiere tanto á la prevención como á la represión.

Como ya tuve ocasión de decir en la Conferencia que dí á los Industriales y Obreros, nuestros principales defectos son la impaciencia y la falta de benevolencia : queremos adquirir todo de un golpe, por ensalmo y nos desesperamos por no tener ya los adelantos, la civilización y comodidades sociales que representan en otras naciones siglos de labor y energía; y creemos que nuestras opiniones particulares deben imponerse á los que no las tienen, no por el raciocinio y el convencimiento sino por la fuerza, á la manera que se le hace tragar á un niño una píldora cuyas propiedades curativas no es capaz de comprender. Este concepto es el generador de las luchas armadas y de las impaciencias sociales. Cuenta Jeremías Taylor al hablar de la tolerancia, el siguiente apólogo oriental : «Abraham estaba en su tienda cuando llegó un anciano á su puerta. Abraham lo invitó y le sirvió de comer, y notando que no invocaba la gracia, le preguntó por qué no adoraba al Dios del Cielo. Sólo adoro al Fuego y no reconozco otro Dios. Lo arroja y Dios le preguntó dónde estaba el anciano.—Lo arrojé, porque no te adoraba.—Yo lo he sufrido cien años y tú no los has soportado una sola noche.» Para levantar un edificio, es lo pri-

mero hacer los cimientos que deben ser tanto más sólidos cuanto más elevada sea la construcción. La base del edificio social es la educación; las paredes son las costumbres, los hábitos adquiridos por esa educación popular. No hablo solamente de la educación escolar, sino de la educación de la familia, en donde se debe enseñar el respeto por la autoridad paterna, de donde se deriva el hábito del respeto por las autoridades sociales, al mismo tiempo que el respeto y cariño para los asociados, como fruto de la benevolencia. Cuando se ha relajado y descuidado, como acontece entre nosotros, la educación del niño en la familia y en la escuela, se hace necesario no sólo darla à los que principian la vida, sino corregirla en los individuos, en los hombres que forman los grupos sociales.

Eso es lo que han venido haciendo los actuales empleados superiores de la Policía Nacional, por medio de Conferencias, del establecimiento de una biblioteca, de la instrucción civil, de sanciones enérgicas y, más que todo, con el ejemplo. Y esa educación tiene su inteligente correlación en el pueblo, en la masa obrera, que se organiza y también se educa.

Por eso he querido que à esta Conferencia vinieran los obreros influyentes que lleven mis palabras à sus compañeros. A las conferencias que se dicten à los Industriales y Obreros deben asistir los agentes de policía, porque ellos también son obreros, y à las que se den al Cuerpo de Policía, deben asistir los trabajadores, porque del pueblo, del que amasa su pan con callosas manos, salen los guardianes del orden, los agentes de policía, quienes son obreros con uniforme, revestidos de autoridad legal para la protección de los asociados y quienes deben ser respetados en el ejercicio de sus funciones. Un agente de policía en una esquina representa parte de la Autoridad que la sociedad confiere al Estado, entidad superorgánica, según Spencer, y que aquél devuelve al pueblo en vigilancia por sus intereses y en seguridad individual. Este es el Derecho de Policía, que emana de la vitalidad misma de la Sociedad y conservación del Estado, cuya primordial atribución es la de remover cualquier obstáculo que se oponga al logro del bienestar individual y social bien entendidos.

Fruto de esa educación correlativa de que he hablado, es la idea cada vez más clara que va adquiriendo el

pueblo de la importancia y de la necesidad de la Policía y la que ésta tiene de los derechos y libertades del pueblo.

Se hace, sí, necesario laborar y laborar mucho para evitar esos conflictos odiosos entre la Policía y el pueblo, en los cuales sufre únicamente una clase social, se ahonda la división y se pierde el respeto à la autoridad.

Este resultado se conseguirá satisfactorio, si el personal de la Policía se penetra de su misión, de sus deberes y obligaciones y los practica con serenidad y valor civil ; al propio tiempo que el pueblo se convence de que debe respetar la autoridad y de que el Agente de Policía es un guardián de la vida é intereses de todos los asociados y que cumple órdenes superiores.

Las cualidades que deben tener los Agentes de Policía pueden concretarse à las que exige Du-Camp para los Inspectores franceses : « Un conocimiento minucioso y exacto de lugares y personas, tacto finísimo, astucia no común, valor indiscutible, paciencia y persistencia en el servicio, memoria pronta y tenaz, honradez inexpugnable. »

Me diréis que es difícil encontrar un personal semejante, pero yo os digo que esto no es imposible y que es obligación del Gobierno y de los Directores de la Policía poner los medios necesarios para conseguir ese resultado. Estos medios son, en mi concepto, los siguientes :

Unidad y constancia en la Dirección—Las múltiples cualidades que debe reunir un Director de Policía se adquieren no sólo por estudio y por la inteligencia sino también por la práctica. En igualdad de circunstancias y capacidades, será tanto más hábil una Dirección cuanto mayor tiempo haya estado ejerciendo su autoridad. Por esto, este cargo no debe estar sujeto à los vaivenes de la política, ni à las crisis ministeriales. Lo mismo puede decirse de los empleados superiores y Comisarios.

Escuela de preparación y selección—Como muy bien lo dice el doctor González, en su Informe citado, esta Escuela es de necesidad urgente, pues siempre habrá en ella un numeroso personal de aspirantes estudiando y haciéndose capaces de desempeñar correctamente el cargo, estimulados por la esperanza del destino.

Sueldos y remuneraciones—El buen sueldo es un estímulo y una garantía ; el individuo que quiera ser Agente de Policía con una educación rudimentaria tendrá que aprender é instruirse por su cuenta para entrar en competencia con otros mejor preparados y para quienes un

buen sueldo será un motivo de aspiración. Empleado y Agente de Policía bien remunerados serán una garantía, pues el temor de perder un destino con el cual pueden atender cómodamente á las necesidades de su familia, hace que el empleado ó el Agente se esmere en el cumplimiento de sus deberes. Además, habrá mayor personal para seleccionar. Una de las causas anotadas por Smiles, para explicar la corrupción de los empleados públicos en Rusia, España y Estados Unidos, en donde el cohecho es la moneda más corriente, es que los empleados públicos están muy mal retribuidos. Cuentan que un día el Zar de Rusia, con su favorito el Príncipe Metchikoff, le mostraban al Embajador de Persia las bellezas de San Petersburgo. Pero ante las doradas cúpulas, los millares de tiendas iluminadas, los suntuosos monumentos, el Embajador mostraba una indiferencia oriental. Disgustado el Zar preguntó al Príncipe: ¿Qué podemos mostrarle á este hombre para que se sorprenda? Mostradle las cuentas del ferrocarril de Petersburgo á Moscow, respondió el favorito, aludiendo al escándalo del día, que eran los robos en la construcción de ese ferrocarril. Así como ésta hay cien historias que muestran la corrupción administrativa de ese pueblo, en donde se disculpan los empleados con la insuficiente remuneración que tienen. Al tratar un historiador de la guerra ruso-japonesa, anota como una de las causas de la derrota, los robos en las ambulancias y aprovisionamientos para el ejército. Como Rusia, hay muchos otros países en donde el soborno tiene por disculpa la pobreza de los sueldos.

Autonomía y responsabilidad como manera de sustraer la Policía á las influencias de la política, es decir, de cualquier partido que sea—Todos los tratadistas modernos opinan, con poderosas razones, que se desvirtúa el instituto jurídico de la Policía, se pervierten sus funciones cuando se ocupa de la política. Uno de estos autores usa de estas enérgicas palabras: «Cuando la Policía siente la influencia de la política, se vuelve servil y débil; su ignorante ó corrompido, negligente ó vejado personal, no es policía de seguridad para la sociedad, es más bien protectora de un partido político.»

Creo seguramente que estas cuatro condiciones harán de nuestro Cuerpo de Policía una Institución modelo en cuanto nuestro carácter y defectos lo permiten. Los satisfactorios resultados obtenidos con haber tan sólo cumpli-

dó una de estas condiciones, el acertado nombramiento de Directores, y la prescindencia en parte de la política, deben animarnos para seguir adelante.

Creo oportuno recordaros hechos recientes que he visto y que atestiguan que la Policía cumple con serenidad sus deberes y que el pueblo se civiliza comprendiendo hasta dónde llegan sus derechos. En el actual conflicto con el Perú el corazón del pueblo se agita en noble indignación, ve como un reto orgulloso el escudo de la nación invasora que se ostenta en uno de los balcones de la ciudad y quisiera arrancarlo de ahí como preludio de su resolución bélica, pero el Gobierno que delega en la Policía el derecho y el deber de guardar el orden público y tiene la civilizada obligación de proteger la morada y la persona de un agente diplomático, aunque sea de nación enemiga y artera, encarga à la Policía de esta guarda. El pueblo que, justamente indignado, hace una manifestación hostil al Perú en toda la ciudad, no puede llegar à la casa de la Legación porque la guardia se lo impide con serenidad, pero con firmeza y sin dar valor à los gritos de protesta. Uno de los obreros dice à los policías: «¿Ustedes no son colombianos?» Si somos, replican éstos, y en caso necesario iremos à morir à la frontera, pero ahora tenemos que cumplir una orden, hacer respetar aquella casa.» Los obreros comprenden y se van à otros lugares.

Ayer en la sesión tumultuosa de la Cámara, cuando un Representante pone mano sobre el Ministro de Gobierno, se grita y se patean las barras rugen y el Presidente ordena que sean despejadas, creí que iba à producirse un conflicto sangriento. Pero no fue así: la Policía cumplió su cometido con moderación y el pueblo dio un alto ejemplo de civismo.

Estos hechos son consoladores y me recuerdan à la Policía inglesa, que debe ser nuestro modelo. El *police-man* es en Londres especialmente considerado por el pueblo como el protector, el amigo, à veces el consejero; y, para los extranjeros, es una verdadera Providencia. Se le respeta, se le quiere y se le recibe con deferencia en dondequiera. Por eso no tiene necesidad de usar sable ni siquiera revólver, le basta el *staff*, ese pequeño pato, para hacerse obedecer y defenderse contra los más atrevidos, y un silbato, *rattle*, para pedir auxilio. En Hyde Park, en

los colosales *meetings*, la Policía de á pie ó de á caballo guarda con su sola presencia el orden, con actitud grave, y lo restablece en seguida que empieza á turbarse. Casos se han visto en que los agentes de policía protegen la vida de los oradores que vomitan denuestos contra el Gobierno y contra la Policía, y aún más, imponen silencio para que se oiga al orador. Me permito relataros lo que me aconteció en Londres relacionado con la Policía (aquí relató el conferencista algunos hechos demostrativos de los servicios que les prestan á los viajeros los Agentes de Policía).

Me diréis que esta Policía solamente puede existir en Inglaterra, en donde para los ciudadanos es cuestión de honor obedecer las leyes y respetar la autoridad; es cierto, pero también lo es que nuestra aspiración debe ser educar al pueblo y á la Policía con los ejemplos más altos.

En nuestros casos particulares, uno de los más difíciles de determinar y sobre el cual deben los Directores de la Policía llevar toda su atención, es el uso que pueden hacer los agentes de su arma: el rifle, en caso de manifestaciones populares ó para disolver tumultos. En Francia se ha discutido mucho para resolver si los agentes deben hacer uso de sus revólvers en caso de agresión armada, y ha prevalecido la opinión de que solamente en el caso de peligro real para la vida del agente, puede éste disparar. Pero como es imposible prever todas las situaciones, se deja eso al arbitrio del agente cuya serenidad y prudencia están probados, y á quien se castiga severísimamente, como á un criminal, si hace uso inoportuno de su arma. Un culatazo, un disparo, pueden originar en ocasiones sangrientos combates.

Otra de las tachas de que quisiera ver libre á nuestros agentes de vigilancia, que en apariencia es fútil, pero en la realidad entra por mucho en la prevención popular con que se les mira, es la que la Prensa ha bautizado con el nombre de *tenorismo*. Desde los tiempos del célebre don Ventura Ahumada el agente de vigilancia se ha hecho notar por su afición á las sirvientas bonitas. No critico el amor. Bien sé que bajo el uniforme del policial, laten corazones amantes de lo bello y sensibles á la fogosa mirada y sonrisa alegre de una buena moza; pero de esto á que se sirvan de su empleo y de su casco marcial para inquietar y seducir á las sirvientas, produciendo la

consiguiente desorganización en el servicio doméstico, hay mucha distancia.

En todos los reglamentos policiales hay un artículo por el cual se prohíbe à los Agentes de vigilancia hablar con mujer alguna en la calle, salvo por necesidad comprobada del servicio. Y este artículo, que va encaminado à corregir el tenorismo, debe ser de severo cumplimiento entre nosotros para tranquilidad de las familias y buen nombre del Cuerpo de Policía.

Será también oportuno y conveniente evitar esos escàndalos que se producen en las calles cuando uno ó varios agentes tienen que conducir à un borracho, un loco, ó un delincuente que se resiste. Para estos casos, lo mismo que para la conducción de criminales de un lugar à otro de la ciudad, hay un procedimiento civilizado que evita bochornos y dificultades: el uso de carretillas y coches celulares. (El orador hace una descripción de estos vehículos y de la manera como se produce en otras capitales). Excita también al señor Director para que recabe del Gobierno esta mejora.

El valor civil, que es una de las cualidades más nobles en el hombre, que no es patrimonio de todos y que en el agente de policía es casi virtud indispensable, el valor civil que en la vida privada es el valor moral, es esa fortaleza de ànimo que nos hace resistir las contrariedades, afrontar los peligros, mirar con serenidad las situaciones repentinamente adversas y, si es necesario, sacrificarnos fríamente, sencillamente en el cumplimiento de nuestro deber.

El valor civil es el que más se acerca al heroísmo por eso dijo Núñez poeta :

Valor común no expresa el heroísmo,
Lo tiene el tigre, Boves lo mostró
Valor moral, abnegación, ejemplo,
Lo que hace al hombre de sí mismo templo.

La manifestación más hermosa del valor civil es el dominio sobre sí mismo, porque es una de las cualidades que distingue al hombre del bruto. El toro que es el animal más valeroso, no puede detener las brutales manifes-

taciones de su furor; pero el hombre tiene ó debe tener la fuerza para resistir à sus impulsos instintivos, y esto lo hace por el hábito de dominarse. El hábito se adquiere por la educación y por la disciplina sistemática; «la disciplina moral obra con la fuerza de una ley de la naturaleza,» dice un sociólogo, y agrega que los hábitos é inclinaciones se pueden enseñar lo mismo que el latín y el griego, siendo mucho más esenciales para la felicidad.

Por eso, señores Directores de la Policía, no debéis descuidar un momento la disciplina entre vuestros subordinados, para enseñarles el hábito del valor y principalmente del valor civil.

El miedo es un desorden fisiológico que, al ser dominado por un acto de la voluntad, resalta el verdadero valor. Sea exageración morbosa de nuestro sistema nervioso, que tiene su centro en el cerebro, que nos hace palidecer y nos ofusca la vista, puede dominarse por el hábito del peligro y una gimnasia intelectual continua que nos dé el convencimiento de la propia fuerza; por eso el profesor Mosso, de la Universidad de Turín, que ha profundizado la fisiología del miedo, opina que éste no es voluntario, y que el trabajo de neutralización puede realizarse por movimientos contrarios porque, «cuantas veces se repita una cosa, tanto más tiende à establecerse definitivamente su mecanismo, y concluye por separarse el mismo trabajo de las partes menos nobles del cerebro.»

¿Quién puede, pregunta un poeta, pronunciar una palabra en elogio de la cobardía? El cobarde es bajo y despreciable; decir à alguien cobarde es irrogarle el mayor insulto. Los hombres fuertes y valientes son los que han fundado naciones y regido el mundo. El valor honra no solamente à los hombres sino à los pueblos. El pueblo valeroso, como el hombre valiente no considera, al repetir una ofensa grave, si el enemigo es más fuerte ó está mejor armado. Las naciones, como la República de Cundinamarca en 1813, el Paraguay, Suiza, Francia en 1789, Polonia, El Transval, Méjico con Juárez, que han alcanzado el pináculo de la historia heroica, han sido naciones débiles, casi inermes en relación con el tremendo poder de sus enemigos. No es el tamaño del país ni sus recursos financieros, sino el carácter de un pueblo lo que le da su valor genuino.

Los suizos son valientes, son sobrios y honrados, por eso no han tenido amos, ni se han dejado robar su peque-

ño territorio. Cada encrucijada de sus montañas, cada uno de sus valles, pregona el heroísmo de ese pueblo en donde las mujeres vencieron, como sucedió en Klosters à los poderosos invasores austriacos, en donde los campesinos se tomaban los castillos, como el de Castel, à garrote! Una vez en Suiza vi la estatua de un héroe que tenía un haz de lanzas en los brazos. Es Arnoldo de Winkelried quien en 1481, cuando los austriacos invadieron el territorio suizo, salió à su encuentro con un puñado de valientes. Un cuerpo compacto de austriacos avanzaba presentando una muralla de lanzas; los suizos cedieron porque sus lanzas eran más cortas y al ver esto Arnoldo, gritó à sus compañeros: « Voy à abrir un camino para la libertad; acordaos de mi mujer y de mis hijos.» Se arrojó sobre el enemigo y abrazando tantas lanzas como podía abarcar, las enterró en su pecho. Murió, pero con su esfuerzo abrió una brecha por donde se precipitaron sus compañeros, alcanzando memorable victoria.

Os he puesto el ejemplo valeroso del pueblo suizo, por ser esa nación tan pequeña como uno de nuestros departamentos y haber estado amenazada por enemigos poderosos. Hoy, que invaden los siempre derrotados peruanos nuestro territorio, el ejemplo de aquel pequeño país es pertinente.

«El verdadero valor, dice Fenelón, es afrontar los peligros y despreciarlos cuando es necesario.» Napoleón opina que el valor es una cualidad innata, que no se adquiere, pero este concepto no es real, todos los niños son tímidos por naturaleza, pero si uno de ellos se cria en la selva viendo à su padre en lucha abierta con la naturaleza salvaje y contra las fieras, adquirirá un valor mucho mayor que otro criado en un pacífico hogar entre faldas femeninas. En corroboración de lo dicho os refiero: un amigo de cuya veracidad no se puede dudar, vio en una ocasión en los Llanos que un niño de diez à doce años iba en compañía de una hermanita y un perro en dirección de una mata de monte, le preguntó à dónde se dirigía y el niño le respondió que à matar un tigre que en noche anterior se había comido un lechón. Mi amigo tomó esto como una chanza, pero considerad su admiración cuando à la tarde se presentó el niño con la piel del jaguar.

Lo mismo creo de los países; los pueblos más aguerridos.

des, que más han peleado, son los más valerosos y los que menos están dispuestos à humillarse.

Por esto Colombia puede ser reputado como uno de los pueblos más valerosos de Suramérica; pero triste es decirlo, nosotros, que tenemos el estúpido valor de matarnos en guerras civiles, de ser heroicos en luchas fratricidas, que no miramos el número y pujanza de los adversarios al combatir por un partido; cuando se trata de repeler al invasor extranjero, de clavar en la frontera de nuestro derecho la bandera de la Patria, nos ponemos à contar los dineros que tenemos en el bolsillo, à exagerar la fuerza de los enemigos y pasamos el tiempo en discusiones bizantinas, en espera probable de que la sangre derramada se ome y la herida à la Patria se cicatrice.

Pero si es sublime el valor guerrero, lo es mucho más el valor civil, el valor moral, por ser más reflexivo, más sincero, ya que no busca la gloria, ni los aplausos, y pasa en la mayor de las veces inadvertido, silencioso sin echar à vuelo las campanas ni hacer sonar los clarines. Ese es el valor que debe distinguir à los agentes y Jefes de Policía en su difícil y complicada labor de orden y seguridad, en su lucha abierta contra el delito que aparece à veces armado con los brazaletes y la navaja de Liabeuf.

Practicad esa virtud y el aprecio del Pueblo será la mejor recompensa de vuestro trabajo. Y en todas las circunstancias, en el cumplimiento de vuestros deberes tened presente la divisa de Lord Laurence: «*Éstad Prontos*».

Para terminar: enviar mi felicitación al Gobierno y dárosela à vosotros por la acertadísima elección del doctor Gabriel González para Director de la Policía, porque, como dice un autor catalán: «De la elección de la persona que sea Jefe de la Dirección General de la Policía depende el prestigio del Cuerpo, — la vitalidad de cada organismo — su cohesión, su vitalidad, su potencia; porque en la Policía, como en los caracteres, la institución es el hombre.» Bastará citar los ejemplos de Henderson en Londres, Hunkeldey en Berlin, Byuerss en New-York y Lepin en Paris.

Creo doctor González poder deciros que el pueblo de Bogotá aplaude vuestra inteligente labor y os apoya en las innovaciones y reformas que hacéis en esta importante Institución.

He dicho.

Señores Industriales



Cuando hace casi siete años me despedí de vosotros para ir al Ecuador, tuve una gran pena para mí, lo hice con la tristeza inlinda del que deja lo más amado: su terruño, sus compañeros de lucha, su familia, sus amigos, es decir, el conjunto de la vida. Creí dejar todo aquí, pero al pisar playa remota, vi regocijado que todo eso que me daba tristeza dejar, lo llevaba en mi corazón como un talismán sagrado. Y tuve a su contacto fe en el porvenir y fuerzas para el combate.

No os he abandonado desde entonces y estuve siempre sintiendo el vibrar del alma varonil de este pueblo. Os he seguido en todos vuestros triunfos; vuestras alegrías me han dado placer, vuestras penas me han entristecido. Y si en tierras extrañas hice algunas veces que gargantas de extranjeros prorrumpieran en entusiastas vitores a Colombia, esas eran palomas mensajeras de mi cariño, que os enviaba a decirlos que mi corazón ha estado siempre engarzado al escudo de mi Patria, esta Patria vuestra, cuya bandera, la que tremoló en el Bábula, y

De Angostura al Rimac, la victoria
Tiñó de rojo y coronó la gloria,

ese tricolor, emblema de nuestra nacionalidad, acaba de ser profanado por el invasor.

Cuando os tocó la adversidad que, según la imagen de Schakespeare, es un sapo viscoso y feo que lleva una piedra preciosa en la cabeza, senti vuestros pesares, pero tuve la esperanza de que la piedra brillante de vuestra

altivez, muerta la incertidumbre, brillaría al sol de las reivindicaciones.

Así sucedió.

Os admiré, os aplaudí, y me sentí orgulloso de ser bogotano cuando con vuestra tenaz resistencia y heroica constancia vencisteis al yanqui empresario. E hice votos porque llegarais à comprender que esa vuestra actitud serena y persistente, fría y silenciosa, era vuestra mejor arma, la más castorra, la más invencible.

Seguí con interés vuestra inteligente y poderosa reorganización, à cuyo impulso original me cabe el honor de haber contribuido con todo mi entusiasmo, con toda mi energía.

¿Os acordáis? Hace ocho años algunos fabricantes de zapatos, agobiados por la competencia extranjera y teniendo confianza en el apoyo que á las clases obreras les venía prestando con desinterés mi periódico *Los Hechos*, me llevaron una protesta para que la publicara. Entonces les manifesté mi opinión sobre la ineficacia de las protestas aisladas y la conveniencia de que se unieran. Nates, Pulido, Galindo, Silva, Bolívar y otros acogieron con entusiasmo la idea, y después de hablar con los representantes de los otros gremios, de carpinteros, sastres, tipógrafos, mecánicos, albañiles y algunos industriales, invitaron á una reunión que tuvo lugar, con asistencia de más de mil personas, en un lugar vecino al Teatro Municipal.

Se me hizo el honor de nombrarme Presidente, pero rehusé y pedí que por aclamación se eligiera al veterano de vuestras luchas, à vuestro elocuente orador popular, al que ha sido y será, mientras viva, vuestro más genuino representante: al señor don José Leocadio Camacho, como Presidente de la Corporación, y à don Emeterio Nates, venerable y culto trabajador, como Vicepresidente. Así se hizo acertadamente. El entusiasmo de la primera reunión no decayó, y antes de dos meses teníamos perfectamente organizados casi todos los gremios, fundado el periódico *Paz y Trabajo*, que me tocó la honra de dirigir, é incorporados en la asociación ricos y generosos industriales, como Lino Casas, por quien aún guardamos luto; don Antonio Izquierdo, don Santiago Samper, don Emilio Murillo, don Pedro Pablo Calvo y otros que se escapan à mi recuerdo.

Al propio tiempo se proponía la organización de so-

ciudades similares en Cali y Popayán, Ibagué y Zipaquirá, Ocaña y Facatativá, Bucaramanga y Medellín.

Aún resuenan en el Teatro Municipal vuestros elocuentes discursos, vuestros patrióticos entusiasmos. Entonces vimos, llenos de orgullo, que entre los obreros había inteligencias robustas, oradores, escritores y polemistas que solamente necesitaban un campo propicio en donde ejercitar sus facultades, y comprendimos que de esa aglomeración fuerte y trabajadora, robusta é inteligente, podrían salir, como de toda democracia, los estadistas y tribunos, los sabios y los políticos.

Entre vuestros muchos triunfos de entonces, recuerdo uno: se intentó en el Concejo Municipal aumentar el impuesto á las carretas que ~~entraban~~ a la ciudad con materiales de construcción. La Sociedad se reunió apresuradamente para tratar el asunto, y Sánchez, el Jefe de los albañiles, en un discurso sorprendente por su sencillez y elocuencia, nos demostró que ese impuesto no lo pagaba el rico constructor, sino el obrero conductor del carro y hasta el caballo que tiraba del vehículo porque habría de reducirse la ración de pasto. La Junta Directiva resolvió, pues, oponerse al aumento del citado impuesto y envió una comisión numerosa que asistiera á la sesión del Concejo Municipal y en silencio presenciara el debate. Las siempre desiertas barras del Concejo se vieron en la próxima sesión atestadas de industriales y obreros, y los señores Concejales, asustados por esa silenciosa manifestación popular, trataron de todo menos del proyecto; y luego, en la tarde, hicieron fijar cartelones en las esquinas, en los cuales el Concejo avisaba al pueblo que el proyecto no se volvería á considerar.

Rememoro estos hechos porque son triunfos vuestros que deben enorgulleceros y animaros en vuestra labor, hoy que sois más fuertes, estáis sólidamente organizados y tenemos un Gobierno republicano y tolerante.

Entonces perseguíamos un fin general y otros especiales. Era aquél la cohesión de la clase obrera é industrial en toda la República, para el mantenimiento de la paz, como primera necesidad pública.

«No más guerra civil,» era y debe ser la primera frase de nuestros programas. Los fines especiales, y que debían ser consecuencia de nuestra impenetrable organización en toda la República, eran la representación, por derecho propio, de los industriales y obreros en todas las Corpo-

raciones políticas y administrativas y en el Gobierno ; la fundación de un instituto laico de artes y oficios, y la reforma, en sentido justo ó proteccionista, de la tarifa de Aduanas.

Para la consecución de estos fines necesitábamos el apoyo oficial, ó siquiera su tolerancia, á cambio de los inmensos beneficios de la paz que le ofrecimos ; pero el Gobierno tuvo miedo de vuestra fuerza y nos engañó. Los Gobiernos justicieros, francos y leales no temen á los pueblos, antes bien, buscan allí su más firme sostén ; las clases trabajadoras, por instinto, jam s apoyan los despotismos ni transigen con sus explotadores.

Y vino la hora turbia para vuestra organización, pero muy pronto os vi desde lejos surgir más poderosamente organizados, más fuertes, y tomando la parte á que tenéis derecho en los destinos del país. Os felicito y auguro nuevos y significativos triunfos.

Hay ya en las Cámaras Representantes que os deben su elección y que tienen el deber de secundaros ; sois un partido organizado, el partido obrero, que puede alcanzar la victoria de sus propósitos.

Para esto me permito indicaros cuáles son los medios que deben ponerse en práctica, y los puntos de mira á que debe dirigirse vuestra energía.

Debéis, ante todo, perfeccionar vuestra organización haciéndola extensiva á todas las ciudades de la República. Para esto sería conveniente que enviarais agentes viajeros inteligentes y activos á todos los Departamentos, que organicen sólidamente el partido en todas partes. Me objetaréis que no hay dinero para esos gastos. Vais á ver que es fácil conseguirlo : ¿Cuántos sois vosotros ? Calculemos diez mil. Pues bien, depositad cada uno de vosotros en la caja de vuestra asociación un centavo todas las semanas, un misero centavo, el valor de un cigarrillo, y tendréis cuatrocientos dólares mensuales, fuera de las cuotas con que deben contribuir los industriales acaudalados. Con esta suma pueden viajar dos comisionados. Y, como el ejemplo debe darse, podéis contar con mi cuota anticipada.

Debéis establecer, ó mejor, pedir que se establezca por ley, la *Oficina del Trabajo*, ó el *Consejo del Trabajo*, como se hizo en Francia por la Ley del 20 de Julio (fijáos en esta fecha), de 1891 y por el Decreto del 17 de Septiembre de 1900. Estas dos instituciones, que en Francia

funcionan separadamente, pueden, entre nosotros, refundirse en una sola Oficina, encargada de suministrar al público, al Gobierno y á los extranjeros, todos los datos concernientes á la estadística del trabajo, á dar su opinión sobre todos los asuntos industriales y obreros, y cuyo personal idóneo, laborioso y remunerado, debe ser elegido para un periodo de dos años.

Estos son los medios para conseguir los altos fines á cuya realización se dirige vuestro esfuerzo. Como ya os lo dije, los tiempos son propicios: tenemos, por fortuna, un Gobierno que en el extranjero es calificado como el más republicanamente democrático de Suramérica; es un Gobierno honrado, al que debéis acercaros en estos momentos de peligro internacional, porque él necesita de vuestro contingente, y vosotros necesitáis de su apoyo. Uno de nuestros defectos es la impaciencia. La primera virtud que debemos practicar es la tolerancia.

En cuanto á las necesidades urgentes, son tres, á cuya realización debéis dedicar todo vuestro interés: *Patentes de ciudadanía* para hacer efectivos los derechos consagrados por la Constitución; *Reforma en sentido equitativo y justo* de la tarifa de Aduanas y *Nacionalización de la Instrucción Pública*.

La patente de ciudadanía garantiza el respeto del más sagrado derecho del ciudadano: el voto; esa patente evita el enardecimiento de las luchas electorales; impide que los curas y gamonales lleven las turbas inconscientes á las urnas, para ahogar la verdadera opinión del pueblo, y con la reforma de las circunscripciones electorales, de que debe ocuparse el actual Congreso, hecha de una manera racional, sin tener en mira los mezquinos intereses de círculo, tendremos asegurada para siempre la paz interior, y el fantasma de la revuelta se esfumará ante la claridad de nuestras libertades. La sangre que corría antes en nuestras luchas fratricidas, no será muerte, será vida, será savia productora de trabajo y progreso. Y yo os garantizo que con cinco años más de paz, Colombia, la nación mejor situada de Sur América, una de las más ricas, que tiene uno de los pueblos más inteligentes y valerosos, habrá entrado en una éra de progreso que poco tendrá que envidiar á naciones ya sólidamente constituidas, como Brasil, Argentina y Chile.

Es sorprendente el desarrollo progresivo de Colombia en siete años: el Departamento de Nariño es un *klon-*

dinke, tiene más oro que California y las empresas mineras, y las industrias adquieren una importancia que llama la atención de los extranjeros; el Valle del Cauca, ese paraíso de Colombia, despierta exuberante de riqueza; ya, familias suizas y francesas llegan a Buenaventura en busca de esa tierra que mana leche y miel.

Cuando el ferrocarril llegue a Cali y se abra el Canal de Panamá, será el Cauca la Argentina del Pacífico y Cali una de las más hermosas urbes. En Antioquia, la Costa Atlántica, Santander y Cundinamarca, se siente el palpitar del trabajo, se siente el paso del progreso. La capital, nuestra Bogotá, con una intensa vida política y social, está hermosa, está limpia, crece y se engalana. Aquí no existe la miseria pavorosa de las grandes ciudades, el capital no nos oprime con su insolencia.

Si es cierto que existe una clase intermedia que sufre pobreza, es tan sólo por la escasez de medio circulante, de numerario, obstáculo fácil de remediar y porque esa clase está en la dura transición de la empleomanía al trabajo manual. Si todos nuestros hijos supieran un oficio ó un arte, tendrían bienestar sus familias. Pero todos queremos ser doctores y hacer versos. Por eso somos los eternos insatisfechos, todo lo nuestro nos parece inferior, nos dormimos en el colchón de la inacción, soñando en emigrar en busca de lo que aquí tenemos, sin fijarnos en que por uno ó dos colombianos que surgen en el extranjero, Dios y ellos saben con cuántas penalidades, hay cien ó doscientos que han caído exánimes, suspirando por su Patria.

Otra de las imperiosas necesidades es la reforma de la tarifa de aduanas. Todas las tarifas anteriores, inclusive la de 1903 y la actual, adolecen del mismo defecto: que no son equitativas. Los que viven de su trabajo, son quienes, al pagar los derechos de importación con la tarifa al peso y no *ad valorem*, pagan el lujo de los poderosos. Bastarán unos cortos ejemplos: 4 varas de bayeta pagan \$ 3-30 de derechos y 6 varas de crespón de seda pagan \$ 1-25; un flux de ocho pesos, que son los que están al alcance de las clases trabajadoras, paga por derechos 2-72, y un vestido de cuarenta ó cuarenta y cinco pesos, paga apenas 1-36; un paraguas de dos pesos paga tres veces más que otro de diez. En general, los pobres que no pueden usar artículos costosos, pagan el triple de lo que pagan las clases acomodadas.

La tarifa *ad valorem*, con las clasificaciones necesarias para la protección de las industrias, es la más conveniente y justa.

La educación, la instrucción dada al pueblo por maestros que sean ciudadanos colombianos, que estén identificados con las necesidades de la Patria, que conozcan nuestras tradiciones gloriosas, que les enseñen a los niños con el ejemplo de ser buenos colombianos, y que se hallen vinculados al país por su familia, es la base angular del edificio de nuestro progreso. Dadme la educación y cambiaré el mundo, dijo Leibnitz.

La educación jesuítica en Hispano-América se halla en una bancarrota lamentable. Ya no salen de aquellos claustros los hombres eminentes que debieran ser más tarde sus más ilustres contendores ó sus más fervientes adictos. No han querido entrar por las vías modernas de la educación y se hallan retrasados; otro tanto puede decirse de los Hermanos Cristianos, Salesianos, Maristas y demás Comunidades religiosas dedicadas a la enseñanza.

Hace veinticinco años que las comunidades religiosas dirigen entre nosotros la educación primaria y secundaria y ¿qué frutos hemos obtenido? Colombia, que llevaba en Hispano-América el cetro intelectual, lo ha cambiado por el cayado religioso. La fama de nuestros estadistas, de nuestros escritores, de nuestros tribunos, es apenas un recuerdo histórico. Bogotá, que se llamó la Atenas Suramericana, dejó secar las exuberantes rosas del jardín de Academio y se puso a fabricar las flores de trapo y de papel plateado, adorno barato y durable de altares y sacristías.

Si hoy tenemos escritores notables, profesores de ciencias, institutores ilustrados, hombres públicos que hacen honor a nuestra generación, es por el esfuerzo propio é individual, en lucha tenaz contra el ambiente de decadencia intelectual; es una revancha de la naturaleza pujante, en su lucha perenne contra el misticismo que anula la vida, y quiere arrastrar al hombre como a un sonámbulo que fuera por los hermosos y fragantes prados de la existencia, oyendo el rumor claro de las fuentes, sintiendo en el rostro la lujuriente brisa primaveral y oyendo el trinar alegre y libre de las aves, sin que le sea permitido echarse a descansar sobre el trébol perlumado, coger en el cuenco de la mano el agua cristalina del placer y

oír el canto de los pájaros que en la selva fecunda cantan las nupcias de su renovación constante.

Se educa à nuestros hijos para la vida ultraterrestre, ignota é incomprendible; se les enseña que este mundo, que es lo más hermoso que alcanza à conocer nuestro espíritu, es un valle de lágrimas, por donde debemos ir arrastrándonos con la plegaria en los labios y el cicilio en los riñones.... Por ventura esa semilla es ahogada, al tocar la madre tierra, por la saliva transformadora de la naturaleza, y apenas de uno que otro grano, que cae en los guijarros de un corazón dolorido, brota un lirio, esos lirios del Señor que, por qué no decirlo?, van como la loca de Longfellow regando por el mundo las rosas de la caridad, enjugando lágrimas y restañando heridas. Y Dios, el que brilla en la pupila de los astros y en los ojos del cocuyo, que canta en la lira del poeta y fulmina en el rayo; que sonríe en la cuna del niño y refresca las dolorosas mejillas con el rocío de las lágrimas, crea también y fortifica esos raros corazones de pureza que bajo el sayal del fraile ó en la sotana del sacerdote, aman la vida y creen que es buena; aman al hombre, quieren à sus semejantes; esos sacerdotes nuéstrs, patriotas, que se descubren cuando pasa la bandera de la Patria, que llevan el Cristo en la mano como emblema de paz y caridad, no como símbolo de discordia y odio; que van como el buen Jesús à traer suavemente, dulcemente, la oveja descarriada en hombros y no iluminan sus tribunales de rencor con la grasa incendiada de las carnes pecadoras. Se nos dice impíos, se nos dice herejes, porque besamos con respeto la mano no profanada de un Federico González Suárez, ese eminente Prelado, gloria de nuestra raza latina americana quien, cuando fue Obispo de Ibarra, dijo: «La Patria està antes que la religión»; quien al sentir el redoble de los tambores peruanos en la frontera de su Patria, dijo: «¡A las armas, ciudadanos! El Ejército ecuatoriano necesita un Capellán, y ése será su Obispo»; aquel severo pastor que no ha permitido que el alma de los sacerdotes de su grey se manche en el lodazal de la política; que no ha consentido que el partido conservador explote la fuerza espiritual del clero arrastrándolo à la lucha terrena, en donde puede ser herido y profanado.

Se nos llama herejes porque siempre recordamos en nuestro aplauso à un Vicente Arbelàez, Arzobispo de Bogotá, cuando hizo fundir los candelabros de plata de

la Catedral y de todas las iglesias de la Arquidiócesis, para construir el Palacio Arzobispal y así dar trabajo al pueblo, que floraba de miseria.

Se nos dice impíos porque al propio tiempo que nos descubrimos con respeto ante el rudo sayal de un Padre Almanza, admiramos y elogiamos à un Cortés y à un Carrasquilla, aplaudimos la actitud de un doctor Nagel, que viene hacia nosotros, --la clase obrera-- como un amigo, como un compañero, trayéndonos el pan de la virtud y la fuerza de su inteligencia; batimos palmas y ponemos en el pináculo de nuestro cariño à un doctor Manuel María Camargo, ilustrado y virtuosísimo sacerdote que levanta con su inagotable caridad, el hermoso y noble templo del trabajo para los hijos de los pobres, al propio tiempo condenamos y combatimos esa inmigración negra que la Europa caduca arroja sobre nuestras playas hospitalarias y que viene como à país conquistable à monopolizar la educación de nuestros hijos, à dominar la conciencia de nuestras mujeres y à quitar el trabajo à los obreros.

Amo al cura virtuoso y patriota que trabaja por el bienestar de sus conciudadanos, que hace uso de su poder espiritual, como aquel doctor Atuesta, à quien deben el Socorro y Piedecuesta el desarrollo de su agricultura y de la industria de sombreros, pues al penitente que se acercaba à su confesonario le aplazaba la absolución hasta tanto que no hubiera sembrado cincuenta matas de café ó aprendido à tejer sombreros. Y combato al cura que convierte el púlpito en tribuna política y agita nuestras pasiones revolucionarias.

(El numeroso público interrumpe con sus aplausos al orador, y éste, abriendo un paréntesis, dice: Vuestros aplausos los recibo como un estímulo para los que sirven à las clases obreras. Permitidme un recuerdo: cuando, hace año y medio, se me hizo en Guayaquil una manifestación generosa por mi labor en pro de ese país hermano, dije: Acepto vuestra ovación y vuestros elogios porque ellos, à la vez que vuelan à Bogotá à refrescar las canas de un viejo guerrillero, mi padre, que aún puede empuñar el machete para defender à su Patria, caen como pétalos de azucenas sobre la blonda cabeza de mi hijo, un ecuatoriano de cuatro años, que ya sabe decir: «¡Mueran el Perú!» Hoy también estos aplausos vuestros los dedico: quiero que vayan en alas de mi recuerdo al Ecu-

dor, al regazo de mi esposa, una de esas hermosas y altivas guayaquileñas que, cuando el conflicto con el Perú, dijeron à sus esposos y à sus hijos : « Id à la frontera, id à la guerra; pero id todos, que aquí quedamos nosotras para prender fuego à la ciudad si la planta peruana llega à profanar'a »).

En cuanto à nuestra actitud en el conflicto internacional con el Perú, es la de prepararnos para la guerra, que es conveniente é inevitable. No será ni puede ser hoy, pero será mañana. En nuestros asuntos internacionales, la base de nuestra fuerza, del respeto con que deben mirarnos en el Exterior, es el mantenimiento de nuestra paz interior; el crédito que ha de servirnos para conseguir los elementos de nuestra defensa, lo perderíamos si no vieran afuera nuestra serenidad y que el pueblo y el Gobierno, sinceramente unidos, aspiran únicamente al engrandecimiento de la Patria, haciéndola fuerte para que nunca sea humillada.

Nuestro pueblo, el más guerrero y caballeresco de Sur América, que en lucha paciente y heroica de quince años no sólo se constituyó libre, sino que, unido à sus hermanos de Venezuela y Ecuador fue à dar el paso de vencedores en Ayacucho, conquistó libertad para esa ingrata República del Perú y fundó à Bolivia, y luego, bajo el mando del más virtuoso de los Libertadores, castigó la felonía de Gamarra y Lamar, en el memorable Portete de Tarqui, en donde debió alzarse la columna de jaspe con la siguiente inscripción : « El Ejército peruano de 8,000 soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por 4,000 bravos de Colombia el 27 de Febrero de 1829. » Este mismo altivo pueblo, que dio soldados como los obreros Pedro Martínez, quien hizo prisionero à Barreiro en Boyacá; como Rafael Pontón que, en Ayacucho, puso de testigos à sus compañeros al montarse heroicamente sobre un cañón enemigo; este pueblo nuestro no ha degenerado, es el mismo pueblo fuerte, viril y abnegado de las grandes empresas, que sabe hacer una muralla de corazones para detener al invasor, y que irá victorioso, si fuere necesario, como en otra ocasión, à rectificar desde Lima, con la punta de sus bayonetas, la línea de nuestras fronteras.

¡Viva el pueblo de Bogotá, viva la Patria

JUAN IGNACIO GALVEZ